

Recensión de / Book review of: Pérez Calero, Gerardo: *Manuel García Rodríguez. Pintor regionalista andaluz (1863-1925)*. Sevilla: Arte Hispalense, 2022, 206 pp., 14 ilus. a color. [ISBN: 978-84-7798-496-2].

Manuel García Guatas¹
Universidad de Zaragoza

Se ubica este pintor sevillano en la generación de paisajistas que recorrieron los paisajes andaluces, empezando por su populosa capital, donde vivieron, pero con especial querencia los lugares pintorescos de las riberas del Guadalquivir, de Sanlúcar de Barrameda, Ronda, Antequera y Alcalá de Guadaíra. Paisajes que interpretaron con un estilo delicado, de dibujo preciosista, para extraer la belleza de las cosas y de los rincones de paisajes escondidos o a desmano. Anduvo mucho tiempo en su busca. “No tenía la culpa —decía con gracejo senequista— de que lo bonito estuviera tan lejos”. Por eso se hizo finalmente con una finca en Sanlúcar, donde poder estar dentro de aquellos paisajes idílicos que darán el nombre de colonia o escuela de Guadaíra a los que allí fueron a pintar, como se les identificó también, por ejemplo, a los paisajistas que formaron colonia en Muros de Nalón, en las antípodas de la costa asturiana.

No es fácil poner etiquetas unívocas a los modos de pintar de estos artistas del sur en aquellas décadas de cambio de siglo tan activas y activadas por el progreso. Primero por el desarrollo de la fotografía y, a continuación, del ferrocarril. El pintor García Rodríguez estuvo al tanto de ambos sucesos, pues Alcalá de Guadaíra ya disponía en los años ochenta de tren con Sevilla, según recuerda ahora el autor. Pero por la presencia y el impulso coleccionista de don Antonio de Orleans —duque de Montpensier— Sevilla fue una capital adelantada de la fotografía y en el Ateneo se impartieron por las tardes clases de fotografía, aunque no aclara el autor si este pintor —miembro ateneísta— asistió a ellas o al menos le interesaron.

Su actividad como dibujante para portadas de revistas nacionales destacadas e ilustraciones para otras nuevas tuvo que demandarle mucha dedicación. Ocasiones y motivos de arquitecturas pintorescas no le faltaban, como recogen los títulos del extenso catálogo que acompaña la monografía; sobre todo para *Blanco y Negro* y luego para *La Esfera*. Fueron como ventanas abiertas a paisajes y escenas por ciudades y caminos de Andalucía. Como tampoco escasearon lugares para exponer sus pinturas en capitales de España y del otro lado del Atlántico.

Pero simultáneamente a esta actividad expositiva en salas y en portadas de papel timbrado, había surgido la sociedad El Folk-Lore Andaluz que empezará a fundamentar lo que será la imagen de la cultura andaluza, incorporando en un mismo pensamiento —como ahora apunta el profesor Pérez Calero en el capítulo “Paisaje y paisanaje”— su equivalente en las referencias artísticas nacionales de casticismo y regionalismo.

Entró de lleno en el ambiente culto de la capital el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, fundado en 1887 que, siguiendo el ejemplo de la Institución Libre de Enseñanza, promoverá las excursiones por Andalucía para dar a conocer sus monumentos y antigüedades, los paisajes contruidos por sus gentes y sus costumbres. Como sucedió en otras regiones de España, se trataba de crear un renacimiento cultural propio en cuyo fomento van a desempeñar papeles definitorios la literatura, la pintura y su popularización desde el teatro y las ilustraciones. Concebidas estas con elegante distinción en la presentación, por ejemplo entre otros muchos títulos catalogados, de los Jardines del Real Alcázar o en cuadritos como el de la escena de la conducción del pan en Alcalá, ambos tratados con acendrado refinamiento, que el lector podrá ver testimonialmente en estas páginas.

Pero, a falta de más ilustraciones para poder hacerlo con mayor solvencia, ¿cómo se podría definir el estilo de García Rodríguez? ¿El de una pervivencia de la visión romántica, por la observación de tipos populares felices, por los hallazgos de bonitos rincones, o la introducción de la extraña atmósfera envolvente y hasta melancólica, captada tras una inundación del Guadalquivir o bajo la luz y sombras que construyen las arquitecturas y los objetos?

En el amplísimo catálogo de más de 830 pinturas que ha reunido el autor, de las que se han seleccionado a color dieciséis para la publicación, podrían haber sido más y estar numeradas todas para haber hecho

¹ mgarciaguatas@gmail.com / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-5391-658X>.

visible tan amplio recuento y el seguimiento de los pasos de un pintor tan infatigable que, como se puede deducir, tuvo que contar con una asidua clientela.

García Rodríguez vivió para pintar y de la pintura. Y fue uno de los prolíficos difusores del paisaje andaluz, soñado o embellecido por el esplendor botánico de los jardines y los patios, o —en palabras del autor de esta monografía— el forjador de una imagen interesada y en parte artificial que Sevilla estaba construyendo de su pasado. Es decir, creador —añadiría— de un neopintoresquismo a la vera, por ejemplo, del de Fortuny o de Martín Rico que aparecen citados como los más influyentes de su generación, pero no los que más difundieron este estilo e imagen pictórica de Andalucía.

Pocos años antes de su fallecimiento, el erudito colega sevillano Virgilio Mattoni definió el modo de pintar de García Rodríguez con esta certera valoración: “Fácil en la ejecución y abundante en el producir, su pintura es muy simpática y estimada por todos. Sus cuadros, llenos de luz, atraen y fascinan”. O sea reunía las tres virtudes que hicieron atractivos sus cuadros para el gusto de su tiempo: facilidad, fecundidad y popularidad, y le permitieron vivir con desenvoltura del oficio de pintor.